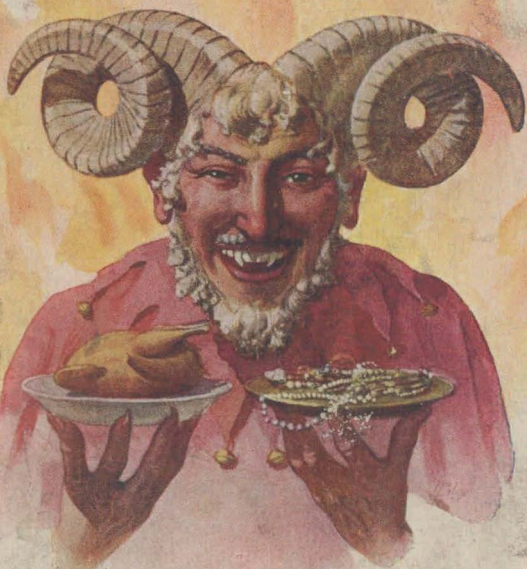


BIBLIOTECA SELECTA

El Premio Gordo

26,132



19

Ramón Sopena

PROVENZA 95
BARCELONA

11 C-1 his
62



00040641

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

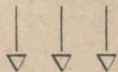
—
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MAS FOLCH

—
Barcelona, 25 de febrero de 1918
IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

—
POR MANDATO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M.^a FERRÁN
Vice Canc.

BIBLIOTECA SELECTA



EL
PREMIO GORDO

29.127

116460



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97



Derechos reservados.

EL PREMIO GORDO

I

Crispín Tachuelas era un venerable maestro de obra prima, un tanto dado a la filosofía, algo poeta al decir de las vecindonas a quienes escribía coplas para felicitar al novio o al padrino y, finalmente, hombre a quien las canas jamás mataron floridas ilusiones.

Pues mientras claveteaba medias suelas. Crispín ensoñaba venturas.

Cuando paseéis ante uno de esos cuchitriles en los que un vejete encorvado machaca la suela canturreando, no os figuréis que siempre se trata de un infeliz remendón sin más espíritu que las leznas,

los cabos y la pez. A lo mejor, el tal es todo un pensador, muchas veces un gran artista fracasado en sus ambiciones de gloria.

Acaso si Crispín hubiese recibido estudios, como decía él, no hubiera quedado reducido a condición tan mísera. Pero, ¿qué frutos se pueden esperar de un cerebro sometido al trabajo de remendar zapatos viejos?

Crispín Tachuelas guardaba en el fondo de su alma grandes proyectos. Si él hubiese tenido capital, hubiera fundado una sociedad de seguros mutuos contra los callos, ojos de gallo, juanetes, sabañones y demás dolencias de los pies, y además implantaría el uso de su gran invento: la horma individual. ¡Nada de hormas numeradas con más o menos suplementos de correa, suela y corcho! El parroquiano prestaría su propio pie. Sobre el propio pie del parroquiano construiría el zapatero la bota sin botones, elásticos, ni cordones; una bota que sería inquitabile, que estaría puesta, cosida al pie y tobillo.

Esto tendría el inconveniente de que al



...¿qué frutos se pueden esperar de un cerebro sometido al trabajo de remendar zapatos viejos? (Pág. 6.)

tener que hacerse uno unas botas o simplemente una compostura, se vería forzado a ir a la zapatería, a colocarse en una silla tornátil, plegable y de extensión y prestar el pie al artífice permaneciendo así, con el remo tieso, mientras le adaptaban, cosían, pintaban y perfilaban el calzado.

Pero Crispín Tachuelas todo lo tenía previsto. Les daría a los zapateros estudios convenientes : tres cursos de cuentos, chistes, comparaciones y acertijos, de amena charla y varia divagación, para que entretuviesen al parroquiano. Por ejemplo :

—Haga el favor de apretar con el talón, que voy a sujetarle el contrafuerte. ¡ En qué se parece un zapatero a un maleta ?

—No sé—diría el parroquiano.

—Ahora tenga el pie estirado que le cosa la pala. Pues un zapatero y un maleta se parecen en el cerote. ¡ Quieto, no le clave la lezna ! Vamos a ver si acierta usted este otro. ¡ En qué se parece el calzado de caza a un acorazado ? ¡ No se mueva,

que estoy con el cerquillo ! ¡ En qué se parecen ?

— ¡ Un acorazado al calzado de caza ?

— Sí, señor.

— Pues en que ambos han de soportar el peso de las armas.

— No está mal ; pero no es eso. Un calzado de caza y un barco de guerra se parecen en que al principio es la bota... dura.

— ¡ Oh, oh !...

— Y si el zapatero vende también alpargatas, ¡ por qué debe vender gatos ?

— ¡ Eso sí que no lo sé !

— Pues porque pondría en la muestra : « Zapatería y al par... gatería... »

Con estas o semejantes cuchufletas, el parroquiano pasaría deliciosamente las horas que emplease el maestro en hacerle el calzado individual.

— Bien— le objetó uno al maestro Crispín Tachuelas— ; pero con unas botas así, no se podría uno cambiar de calcetines.

Crispín se quedó mirando al que tal dijo como quien ve visiones.

— ¡ Ah !... pero los calcetines... ¡ se cambian !...

La vida de Crispín Tachuelas hubiese transcurrido obscuramente y nadie, como nosotros, se hubiese ocupado de ella, a no ocurrir un suceso inesperado.

Ello fué que estando un día en su casa Crispín con Romualda, su mujer, se les presentó Paco, el *Frescuras*, aprendiz de torero que cortejaba a Higinia. Higinia era la única hija de Crispín y la señora Romualda.

—¿Qué traes tú por aquí?—le dijo Crispín al *Frescuras*.

—¡La suerte!

—¿Tú? Pero si tú pareces una póliza de seguro. Le haces a uno pensar en el siniestro.

—Pues con todo y con eso. Traigo la suerte.

—Oyele, hombre—intervino la señora Romualda.

—Es un sueño.

—¡Hum! ¡hum!

—Un sueño que he tenido. Verá usted. Soñé con un toro negro. ¿Eh?... ¡La fija! El toro tenía *dos* cuernos, *cuatro* patas y



...si te las gastas en la taberna te doy la primer tunda
con el tirapié. (Pág. 12.)

un rabo ; tomó *tres* varas y mató *dos* caballos. ¡ Está claro eso ?

— ¡ Y a ti, por no atreverte a matarlo, te metieron en la cárcel ?

— No, señor. Fíjese : *dos, cuatro, uno, tres y dos.*

— ¡ Estudias la aritmética ?

— ¡ Bah ! Son ustedes torpes. 2, 4, 1, 3, 2 ¡ el 24.132 ! ¡ Ese va a ser el gordo !

— Mira—dijo la señora Romualda—. ¡ Pué que sí ! Eso de los sueños es muy inseguro, cierto, pero sí, tal vez...

— ¡ Vengan diez pesetas !

— ¡ Pá qué ?

— Voy a reunir el completo de un décimo, voy a buscar el 24.132, y en Navidad... ¡ todos ricos !

— ¡ Sea !—dijo Crispín—. Ahí van las diez pesetas del ala. Pero mira que si te las gastas en la taberna te doy la primer tunda con el tirapié.

II

La noticia de que Paco el *Frescuras* había tenido un sueño del número que iba a ganar el premio gordo, cundió por la vecindad. Todos los vecinos del barrio quisieron llevar alguna participación y se apresuraron a entregar al *Frescuras* las cantidades que cada uno podía aventurar, según sus circunstancias.

Paco el *Frescuras* recorrió muchas administraciones de loterías en busca del consabido billete del número 24.132. No era fácil encontrarlo.

Averiguó, por fin, que el billete, en sus dos series, se había enviado a Calatayud y gestionó que se pidiese su devolución por telégrafo.

Aun así no se pudieron obtener más que siete décimos.

Como nadie está conforme con su suerte, el deseo de probar si venía por allí la

riqueza llegó a inquietar también a los vecinos de mejor posición del barrio aquél.

Eran éstos el señor Turégano, general retirado, y su hija Elisa, joven encantadora de muy cristianos y puros sentimientos. Elisa y su padre llevaban una vida sencilla y ordenada: por única distracción se permitían la de la pintura, arte a que eran ambos buenos aficionados.

Unas veces iban al museo y copiaban cuadros de artistas famosos. Otras veces salían al campo para pintar del natural retratos y cuadros de costumbres.

Se les veía a los dos, irrep rechablemente vestidos, volver a casa con sus cajas de pintura.

Como ya no había paredes en la casa que no estuviesen adornadas por algún cuadro, Elisa ahora vendía lo que pintaba, y como ya pintaba bien, ganaba bastante dinero.

Este dinero lo destinaba íntegramente a obras de caridad.

¿No es verdad que era un modo muy

bello de concertar una afición artística y una virtud?

Ahora bien : viviendo del modo plácido que hemos descrito el señor Turégano y su hija, ¿qué más podían desear?

Sin embargo, ¿quién está libre de la ambición? El señor Turégano un día dijo a su hija :

—¿Te ha traído el encargado el dinero producto de las últimas ventas de tus cuadros?

—Sí, papá; me ha traído trescientas pesetas.

—¿Y qué piensas hacer con ellas?

—Lo de siempre, limosnas.

—Esta vez no.

—¿Por qué?

—Porque he pensado que las destine-mos a comprar tres décimos de la lotería de Navidad, del número 24.132. Tengo la corazonada de que va a salir premiado.

—¿También tú, papá, vas a creer en el sueño del *Frescuras*?

—¿Y qué perdemos con probar? De cualquier modo ése no es dinero que hayamos de sacar de nuestros bolsillos.

—Es verdad eso ; pero también es verdad que este dinero pertenece en cierto modo a los pobres, pues a ellos estaba destinado. Precisamente, desde que sirve mi entendimiento para aliviar dolores, pinto yo con más cuidado, con mayor ilusión. Además, papáito, ¿ no es buscar más fortuna desafiar a la desgracia ? Tenemos lo necesario para vivir holgadamente. Cuando Dios disponga dejarme huérfana— ¡ oh, y que tarde mucho como le pido en mis oraciones cada día !—con nuestros ahorros y la pensión que, como hija tuya me corresponde, yo tengo asegurado mi porvenir. ¿ Qué debemos codiciar más ?

—No quiero desaprovechar una ocasión de ser ricos

—Papá : como tú quieras ; sería la primera vez que te desobedeciere.

— ¡ Ea, pues ! Vamos a la zapatería de Crispín Tachuelas para que avise al *Frescuras* que son nuestros tres décimos del 24.132.



—¡ Que cayó ! ¡ El gordo, el gordo ! (Pág. 26.)
PREMIO.—2

III

Carlos Moragas servía como escribiente en un escritorio. Era Carlos lo que se puede llamar un buen chico, modesto, honrado, trabajador.

En el mismo escritorio servía, como mecanógrafa, Higinia, la única hija de Crispín Tachuelas.

Higinia, desde pequeña mostró su descontento con la humilde vida a que la condenaba su nacimiento. Decía que ella no se resignaba a ser criada de servir o, cuando más, doncella de alguna señora.

Este deseo de mejorar de posición sería muy de elogiar si no rebasase en Higinia los límites de lo prudente.

Pero es el caso que Higinia soñaba con poseer alhajas de precio y ¡hasta automóvil!

Crispín y su mujer trataron un día de esta difícil cuestión.

—La chica nos sale ambiciosa, Romualda.

—Sí, Crispín; yo temo que a la hora menos pensada se nos vaya a cupletista... o a algo peor.

—Hay que evitar eso.

—¡Dale buenas zurras!

—¡Peor que peor! Si tratándola bien no soporta nuestra pobreza, en cuanto la maltratemos la soportará menos y podemos nosotros mismos precipitar su perdición.

—¡Qué hacer, entonces?

—¡Ah!... ¡Si yo pudiese desenvolver mis inventos...!

—Déjate de eso, hombre. Lo que importa es ver qué se hace con esa chica.

—Démosla un oficio señorito.

—¡Modista?

—No le tira el aquel de la aguja.

—¡Planchadora?

—¡Uy! ¡Se va a sofocar! Florista.

—¡Florista? ¡Tú estás loco? ¡No has visto en lo que paran todas las floristas del cine?

—Pues, no sé.



—¡Ea, pues! Vamos a la zapatería de Crispín Tachuelas... (Pág. 16.)

—Mira : yo he pensado que la hagamos maquinógrafa.

—¿Qué?

—Datilograma.

—¡Atiza!

—Bueno : como se diga : de esas que, tiqui, tiqui, teclean en una máquina y escriben.

—¡Ah, vamos! Pero no se dice así, Romualda ; se dice mecanógrafa o dactilógrafa. Y mira, no me parece mal que le demos ese oficio que es fino y culto.

—Oculto, no. ¡Mi hija lo ha de hacer todo a la luz del día!

—¡No seas ignara! Quiero decir que es oficio de letras.

—Pues, hala.

Llamaron a Higinia y le preguntaron :

—Hija mía, ¿quieres ser una de esas señoritas que escriben a máquina?

—Sí que quiero, que van todas muy peripuestas.

Asistió Higinia a un establecimiento, en donde, gracias a que sabía alguna gramática, pudo aprender mecanografía. Demostró poseer para ello excelentes aptitu-

des y en menos de un año llegó a dominar el mecanismo y a escribir sin faltas rápidamente. En seguida encontró colocación en la misma oficina en que trabajaba Carlos Moragas.

En cuanto conoció a Carlos Moragas comprendió cuán poco valía el *Frescuras*, y empezó a simpatizar con su compañero de oficina.

A los seis meses de trabajar en el mismo escritorio, Higinia y Carlos estaban en relaciones. Era una noviez formal que iba por el mejor camino. Crispín Tachuelas y la señora Romualda estaban muy contentos. Su hija, sin dejar de ser una trabajadora, una obrera al fin, sería al mismo tiempo una señorita.

Pronto se casarían el contable y la mecanógrafa. Con amor, paz y trabajo, su hogar sería feliz.

—¡Bendita sea la hora en que la hicimos maquinógrafa! Todo se logrará.

—Todo se logrará—replicaba Crispín—menos que tú aprendas a decir mecanógrafa.

En estas circunstancias sucedió el sueño de Paco el *Frescuras*.

Una mañana Higinia, al llegar al escritorio, dijo a Carlos :

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que un vecino de mi barrio, un maleta aburrido, que me cortejó en tiempos, ha tenido un sueño y sabe cuál va a ser el premio gordo.

—¡No digas tonterías, mujer! El premio gordo es trabajar y tener una novia tan bonita y tan buena...

—Y tan barata, como yo.

—No bromeo. Para mí ése es el premio gordo.

—Pues para mí lo serían muchos miles de duros.

—¿Por qué imaginar imposibles? Nosotros somos dos pobres hijos del trabajo.

—Allá tú, querido. Yo, por mi parte, voy a emplear en un décimo todo mi sueldo de este mes.

—Me obligas a que haga yo otro tanto.

—¿Por qué?

—Porque si te tocara el premio gordo y

fueses rica, siguiendo yo pobre, no me podría casar contigo.

—¡Hola! ¿Luego también encuentras posible que el *Frescuras* acierte?

—Posible es casi todo.

—En resumidas cuentas: yo voy a comprar un décimo, ¿y tú?

—Yo... ¿qué he de hacer? Compraré otro.

Compraron, pues, un décimo cada uno.

Desde aquel día, lo mismo éstos, que todos los demás adquirentes del famoso billete número 24.132, se pasaban las noches soñando. Y cada uno forjaba sus proyectos, que eran muy distintos.

Crispín Tachuelas pensaba implantar su proyecto de bota individual.

Paco, el *Frescuras*, compraría un cortijo en Andalucía.

El señor Turégano, un automóvil.

Carlos Moragas, una casa para poner en ella un buen comercio.

Higinia... Higinia no pensaba nada en concreto: compraría muchas joyas, abrigos de pieles, sombreros, vestidos y, sobre todo, muchos pares de zapatos lujosos.

Tal vez el ser hija de un remendón y estar siempre viendo en su casa botas viejas, torcidas, rajadas, hacía en ella más vehemente el deseo de poseer una buena colección de zapatos flamantes, con tacones muy altos y relucientes.

En cuanto a Elisa, la hija de Turégano, a nadie comunicó lo que pensaba hacer con el dinero si le tocaba el premio gordo.

IV

Así las cosas, llegó el día del sorteo. Todos nuestros amigos estaban muy nerviosos, menos dos de ellos

Carlos, que fué a su oficina como todos los días. Y Elisa, que fué al museo a continuar una copia de un Murillo que pensaba regalar a la capilla del colegio en que se educó. Porque pensaba ella: «Si las buenas monjitas del colegio me enseñaron a pintar, justo es que ahora las obsequie con una pintura».



...hasta el jefe que acudió a darle a Carlos la enhorabuena... (Pág. 26.)

Pues bien : el día del sorteo ya a media mañana, se presentó el *Frescuras* en el escritorio donde trabajaba Carlos, llamando a voces :

—¡ Higinia ! ¡ Higinia !

Salió Carlos.

—¡ Qué pasa ?

—¡ Que cayó ! ¡ El gordo, el gordo !

¡ Menuda revolución se armó en las oficinas ! Casi todos los empleados llevaban participaciones, hasta el jefe que acudió a darle a Carlos la enhorabuena y licencia para que fuese a celebrar tanta fortuna.

La vida de todos los personajes que hemos presentado al lector cambió completamente. A todos los iremos viendo muy distintos de como les conocimos. Empecemos por saber qué fué lo que hizo Higinia.

Satisfacer su ansia de lujo y perifollos ; comprar sin tasa vestidos, alhajas, y más que nada, calzado. ¡ Oh !... ¡ Cuántos pares de botinas, de zapatos con altos tacones afilados y relucientes !...

Aunque Carlos no era, como resultó ser

ella, un despilfarrador, para no aparecer al lado de su novia un pobrete, no tuvo más remedio que transformarse. Ahora se le veía frecuentemente enchisterado, con guantes a toda hora...

Como ya eran ricos los dos, Carlos pensó que debían casarse. Era esto lo más natural. Sin embargo, Higinia no participaba del mismo pensamiento. Viéndose ya rica y elegante, empezó a ambicionar marido que la diese más brillo. Satisfecha su aspiración de «vestir», la espoleaba el más dañiño deseo de «figurar».

Con estos vituperables propósitos, empezó, a espaldas de Carlos, a coquetear con cuantos la miraban. Pronto tuvo cohorte de buscadores, de cazadores de honras y gavetas... ¡Pobre mujer, la que no vive muy prevenida contra esta clase de aves de rapiña!

Carlos, a pesar de su cambio de fortuna, seguía asistiendo a la oficina. Decía que ninguna riqueza exime al hombre de su obligación de trabajar, y que era él todavía joven y tenía poca experiencia para emprender negocios por cuenta propia.

Se proponía seguir todavía un año asistiendo al escritorio para completar su educación comercial.

Higinia, en cambio, no había vuelto a pisar la oficina. Ni siquiera se había preocupado de recoger algunos objetos y papeles de su propiedad particular quedados en los cajones de la mesa donde, en otro tiempo, trabajaba.

Quiso Carlos dar a su novia una sorpresa al mismo tiempo que una lección.

Fué a una joyería...

¿Quién le hubiese dicho a Carlos, dos meses antes, que él, vestido correctamente de chaquet y tocado de chistera de ocho reflejos, iba a entrar en establecimiento tan lujoso y nada menos que a comprar perlas?

Así lo dispuso la veleidosa Fortuna.

Carlos Moragas, al empujar la puerta de la joyería, lo hizo con cierto temblor.

—¿Qué desea?—le preguntó el joyero.

—Deseo comprar un collar de perlas.

—Bien, bien; en seguida le mostraré varios, caballero.



—Está bien—dijo—, compro ese collar. (Pág. 32.)

En efecto, inmediatamente se abrieron, ante los deslumbrados ojos de Carlos, varios estuches y los collares de perlas que contenían, rodaron desbordándose sobre el cristal de las vitrinas que servían de mostrador.

Cuando un collar de perlas cae sobre un cristal, el tintineo, el grillar juguetero que produce, es exactamente lo mismo que una carcajada del demonio.

¡Bellas son las piedras preciosas y es fino y delicado el arte de engarzarlas! Los lapidarios, tallistas y orfebres son, sin duda muy meritorios artífices... Pero ¡cuántas almas se han perdido por poseer una joya?

Por otra parte, las joyas, aunque las veáis, queridas lectoras, en las manos, en el cuello, en las orejas de las damas más cultas y elegantes, son signos de esclavitud y de salvajismo.

Las pulseras, las sortijas y los collares recuerdan los aros que servían para encadenar a los siervos como a fieras.

Los pendientes, para cuyo uso es necesario taladrar la carne, no son más moder-

nos ni más nobles que esos anillos y agujas que llevan ciertas razas salvajes en los labios y en la nariz.

Por donde resulta que cuando una señora se viste de gala no hace sino acercarse mucho al salvajismo y a la esclavitud.

Pero vamos al collar de perlas.

Carlos admiraba uno tras otro los collares que le iba enseñando el joyero.

Por fin, decidiéndose por uno, y no de los mejores, preguntó :

—¿Cuánto vale éste?

—Seis mil duros.

—¡Qué atrocidad! ¿Cómo es posible que valgan tanto dinero unas cosas tan pequeñas? ¿Para qué sirven?

—Servir... servir no sirven para nada.

—Entonces, ¿por qué se pagan tanto?

—Pues por eso. Porque no sirven para nada útil.

A Carlos le parecía un solemne disparate gastar seis mil duros en un collar de perlas. Seis mil duros colocados en cualquier negocio industrial producen renta

y son útiles a los demás : a los obreros que trabajen en la industria primeramente.

Pero Carlos tenía que conceder algo y aun mucho a la vanidad de Higinia.

—Está bien—dijo—, compro ese collar.

Lo compró y dió los seis mil duros... sintiéndolo mucho.

V

Luego continuaremos la historia del collar.

Sepamos ahora qué sucedió en casa de Crispín Tachuelas cuando cayó el premio gordo en el número 24.132.

Crispín Tachuelas, en una de sus genialidades, cogió el décimo que jugaba y, untándolo con engrudo, ¡plaf!... lo pegó en la puerta de su zapatería. Menos mal que lo hizo en la puerta interior.

—¡Bárbaro!—le dijo su mujer—. ¡No



Y se presentó en la administración de loterías con la puerta al hombro. (Pág. 33.)

PREMIO.—3

comprendes que así no nos tocará ni una peseta?

—Es que estando ahí pegado no se puede extraviar.

—Sí, pero estando ahí pegado. ¿cómo quieres que caiga?

—Es verdad. ¡No puede caer!

—¡Au!... ¡Au, au! ¡Qué chiste más malo!—aulló un parroquiano que lo oía...

Y... «cayó», como decían ellos, el premio gordo

Y aquí de los apuros de Crispín

—¿Cómo llevar ahora el décimo a la administración de loterías para cobrar?

Si intentaba arrancarlo, probablemente lo rompería y no se lo querrían pagar.

Y el engrudo había pegado perfectamente

Crispín Tachuelas optó por el procedimiento más seguro.

Quitó la puerta entera

Y se presentó en la administración de loterías con la puerta al hombro.

Los chiquillos, al verle, gritaban:

—¡Sansón! ¡Ahí va Sansón!...

El administrador de loterías exclamó:

—¡ No puedo pagar un décimo que viene pegado !

—¡ A usted sí que le pegaba yo !

Por fin, un empleado amable indicó a Crispín lo que debía hacer : con agua templada humedecer el décimo e irlo desprendiendo con el mayor cuidado.

Así pudo cobrar Crispín.

Cuando volvió a su casa con un enorme fajo de billetes entre las manos, la escena fué cómica.

Era para Crispín aquélla una cantidad fabulosa. Antes no cabía en su imaginación la existencia de una tan grande cantidad de dinero. ¡ Calcúlese su emoción al tenerla entre las manos !

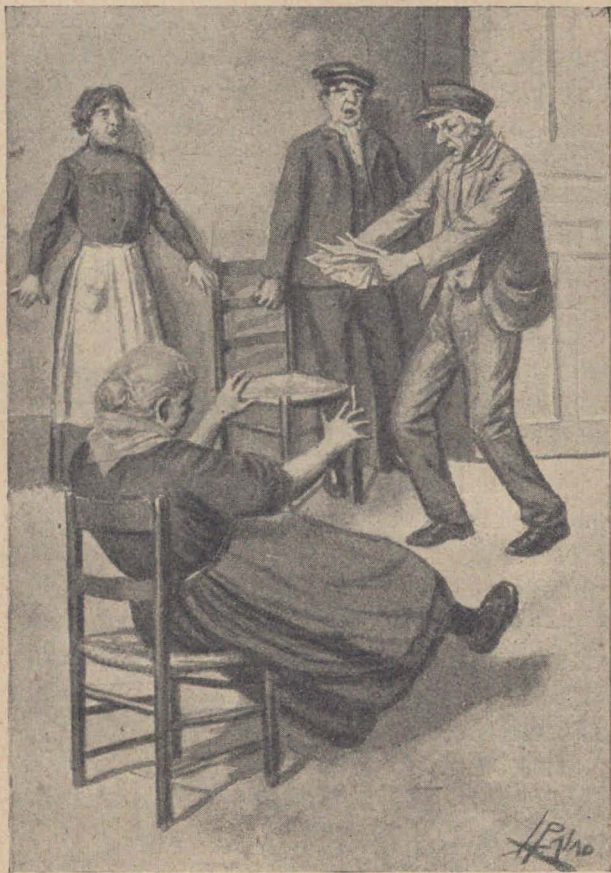
Los vecinos que acudieron a las voces y aspavientos de Crispín, para no caerse del sobresalto se agarraron a la pared.

Crispín Tachuelas gritaba :

—¡ Ya soy rico ! ¡ Ya soy rico !

A la señora Romualda le dió un patatús.

Después de estos primeros sucesos vino para nuestros amigos una temporada de delirante felicidad.



A la señora Romualda le dió un patatús. (Pág. 34.)

Crispín fué al cuchitril donde antes remendaba calzado viejo y tiró cuanto allí existía.

Los chicos y los pobres del barrio tuvieron gran fiesta.

—¡Allá va este par de zapatos derren-
gados!

—¿Quién quiere la pez?

—¡Un cacho de suela!

—¡El tirapié!

Todo iba cayendo y la turba, reunida delante de la tienda de Crispín, se lo disputaba a la rebatiña.

—¡Pero, hombre!—le dijo un vecino—. ¿No decías que si prosperabas ibas a implantar tu gran invento de la bota individual?

—Eso dije antes; pero ahora que soy rico, digo ¡qué no me da la gana trabajar! Desde hoy me dedicaré a comer y a divertirme.

Estaba allí el *Frescuras* y añadió:

—Esa es la fija. Yo tampoco pienso hacer nada.

El *Frescuras* se había comprado ropa nueva, un anillo con un brillante enorme

y feo y un bastón con puño de ámbar. ¡ Poco deseaba el tener un bastón así !

Iba con el dedo tieso para lucir la sortija.

Además, el *Frescuras*, estaba borracho.

Lo menos agradable de todo era lo que le sucedía a la señora Romualda.

Como hemos dicho, al recibir la impresión de verse rica sufrió un síncope.

Pues no repuesta de él, comió desordenadamente. Porque lo primero que hicieron aquellos infelices al tener dinero, fué proporcionarse una gran comida. Engulleron sin moderación manjares succulentos muy especiados y excitantes.

Y lo que es peor, se excedieron en la bebida.

Consecuencia : una indigestión que puso en grave riesgo la vida de la señora Romualda.

Salió del apuro ; pero quedó con una lesión en el estómago, para siempre...

VI

Un día Higinia recibió recado de sus antiguos jefes de oficina. La rogaban que fuese al escritorio a recoger sus objetos y papeles particulares y a decir dónde estaban algunos documentos confiados a su custodia.

Carlos sabía el día en que ella iría y quiso darla una grata sorpresa.

Puso el collar de perlas en uno de los cajones del buró que Higinia utilizaba cuando era mecanógrafa.

Higinia acudió como se la rogaba y empezó a recoger sus cosas y a entregar los documentos reclamados.

Al llegar al cajón consabido y encontrar el estuche, dijo :

—Aquí han puesto una cosa que no era mía.

—¿De qué se trata?—preguntó Carlos haciéndose de nuevas.

—De un estuche de joyería, al parecer.

—Abrelo y veremos qué hay dentro.

—¿Para qué? No es mío.

—¡Abrelo, mujer!

—No quiero. A lo mejor contiene algo que me guste y, como no es mío, me dará rabia verlo.

—Así, pues, no te gusta contemplar las cosas bellas si no es con el afán de poseerlas.

—Siempre he deseado tener todo lo que no podía tener.

—Esa es mala condición. Mejor es conformarse con lo que la fortuna nos depara.

—Allá tú si te conformas, Carlos. Yo siempre desearé más, ¡más!

—Eres insaciable.

—Insaciable soy...

—¡Es lamentable!

—Pues si es lamentable, que lo sea.

—¿Te enojaste?

—Sí. No toleraré que me amonestes.

—Antes no eras así.

—Pues ahora soy.

—¡Ya no me quierés!

—¡ No seas tonto !

—¡ Qué miedo tengo, Higinia, a perder la felicidad de ser tu esposo !

—Si continuas contrariándome siempre, la perderás.

—¡ No digas eso ! Seré bueno, seré como quieras. Anda, abre ese estuche.

—Abrelo tú, si quieres.

Carlos tomó el estuche y lo abrió.

—¡ Oh, qué lindo collar !—exclamó ella al verlo.

—Pues, es para ti.

—¿ Para mí ?

—Para ti. Quería darte esa sorpresa.

—¡ Oh, gracias, gracias ! Bien veo que me quieres.

—Pues ¡ tómallo ! ¿ Por qué permaneces así, con los brazos caídos ?

—Por... que no sé si tomarlo.

—¡ Me harás ese desaire !

—Lo tomaré, no quiero que digas...

Higinia tomó el collar y se lo puso.

—El estuche no me hace falta.

—Pero, mujer... Permíteme una observación. Un collar de perlas no es cosa que se deba usar a diario. Cuando vayas a un



—Pues ¡tómalo! ¿Por qué permaneces así, con los brazos caídos? (Pág. 40.)

teatro, por ejemplo, está bien que lleves el collar; pero así, para andar por la calle...

—Mira—dijo ella—, me lo pondré cuando bien me venga. Si lo quieres así, así; y si no, toma tu collar.

—No, mujer. Haz lo que quieras.

Como podrá irse juzgando, Higinia era una casquivana. Y por el despego con que trataba a su novio, no es difícil conocer que pensaba prescindir de él a la primera ocasión.

No obstante, como buena coqueta, se proponía no romper aquellas relaciones mientras no tuviese seguro otro partido más de su agrado.

Así, sin terminar, sin intimar, manteniéndose en el término medio, iba dándole a Carlos lo que se suele llamar la entretenida.

VII

Lo que tenía que suceder, sucedió. Higinia un día levantó el vuelo.

Se escapó de su casa en automóvil con

un individuo que se decía marqués de las Nubes Doradas.

El tal no era otro que uno de esos que se llaman caballeros de industria. Conoció la debilidad de Higinia, su monomanía de grandezas y la engañó miserablemente.

Imaginó el título de marqués de las Nubes Doradas como pudo imaginar otro cualquiera, se hizo tarjetas con la corona y una cifra, se vistió de un modo más que elegante, llamativo, y con todas estas far-sas se hizo presentar a la muy tonta y vanidosa hija del ex remendón, antes Crispín Tachuelas y hoy don Crispín...

Carlos vió cómo su novia le despreciaba. No pudo conseguir traerla al buen camino.

En una ocasión se mostró celoso.

—Ya sé—le dijo—que te visita nada menos que un marqués.

—Porque se puede.

—Y que tal vez te hace el amor.

—No digo que no.

—Higinia : aunque ahora te veas con unas miles de pesetas, no debes olvidar tu

origen humilde. Hazte cargo de que un marqués, como no esté tronado, entrapado hasta la coronilla, no se puede casar con la hija de un zapatero de portal.

—¡ Lo dirás tú ! ¡ Es que yo no me merezco un marqués ?

—Tú te lo mereces todo... pero... ¡ y si ese sujeto no fuese tal marqués ?

—¡ Te molesta que lo trate ?

—No te puedo negar que me molesta. Soy tu novio ; me tienes empeñada palabra de casamiento, y no es muy honroso para mí que, entretanto, visite tu casa y te haga la corte un individuo como ése, ni otro cualquiera. Creo que debes respetos al que, como yo, va a ser tu marido ; que a ti misma te debes más respetos.

Higinia se acordó de los tiempos que era solamente hija del remendón y poniéndose en jarras, dijo :

—Mira, tú, ¡ sabes lo que te digo ? ¡ Que esto se acabó ! Puedes buscar otra que aguante tus ridiculeces.

—¡ Higinia ! Piénsalo. Mira que te quiero de veras...

—Está pensado.

—Bien, sea... ¡Quiera Dios que no te acuerdes de mí!

Así terminó la noviez.

Al día siguiente de esta escena, Higinia se escapaba con el fingido marqués de las Nubes Doradas.

A París fueron a dar del primer salto. Allí el falso marqués se gastó en menos de un año todo el dinero de Higinia.

Cuando la hubo arruinado, la abandonó llevándose sus alhajas.

Higinia volvió a Madrid pobre, sola y deshonrada...

No se atrevía a presentarse a sus padres. Al llegar a la calle donde vivían, vaciló.

Un vecino hubo de conocerla.

—¡Higinia! ¡Eres tú?...

—Yo soy.

—¿Buscas a tus padres?

—A mis padres busco.

El vecino la informó de lo ocurrido durante su año de ausencia. Su madre había muerto poco tiempo después de aquella enfermedad del estómago que contrajo por sus glotonerías.

Viudo Crispín Tachuelas, se dió lamentablemente a la bebida.

En tabernas y merenderos dió pronto buena cuenta de su parte de premio de la lotería.

Llegó a una pobreza extremada.

Por las calles pedía limosna, mientras su hija, allá en París, con un perdido, derrochaba...

A Higinia estas noticias la hicieron tanto daño, que estuvo a punto de caer desmayada...

¿Qué hacer ahora?

Con el producto de la venta de unas pocas alhajas que le quedaban, se instaló en una casa de huéspedes.

Y como no quería avenirse a trabajar de nuevo, se dió a la mala vida...

VIII

Paco, el *Frescuras*, procedió poco más o menos que Crispín.

En cuanto se vió con unos miles de du-



...que estuvo a punto de caer desmayada... (Pág. 46.)

ros, se figuró que aquello no se iba a acabar nunca y se dió a gastar de un modo desatinado.

A éste, sin embargo, le duró más el dinero porque no jugaba, y el juego es lo que con mayor rapidez devora las fortunas.

Una vez Paco estaba de *juerga* en un merendero.

Entre las perdidas que andaban por allí, le llamó la atención una que se cubría la cara con un espeso velo.

El modo de andar, los ademanes, la voz de aquella mujer no le eran desconocidos.

Se propuso descubrir quién fuese y la siguió.

Ella, al verse objeto de la atención del *Frescuras*, quiso escapar y salió del merendero a toda prisa. Paco salió detrás. Tomó ella un coche. Paco tomó otro coche y le dijo al cochero.

—Vamos a seguir a ése.

Pero comprendió Paco que al saberse perseguida tan de cerca, la desconocida sería capaz de estar dando vueltas por Madrid toda la noche. Y se le ocurrió a



Ella, al verse objeto de la atención del *Frescuras*, quiso escapar y salió del merendero... (Pág. 48.)

Paco una feliz idea. Le preguntó al cochero que le conducía :

—Oye, para. ¿Has visto el número del coche ese que vamos siguiendo ?

—Sí, señor ; es de la misma cochera que éste.

—Entonces, conocerás al cochero que lo guía.

—¡ Toma ! ¡ Como que es compañero !

—¡ Me alegro tanto ! ¡ Le puedes dar un recado mío ?

—Los que usted quiera.

—Pues dile que mañana vaya a mi casa. Toma : en esta tarjeta están las señas. Dile que no falte que habrá buena propina.

Esto de la buena propina le hizo abrir al interpelado unos ojazos...

—Si el señorito quiere saber algo de la endevidua que va en ese coche...

—¿ La conoces tú ?

—¡ Naturaca ! Como que es la *Tacones*.

—¿ La *Tacones* ?

—La dicen así, porque le gusta llevar los tacones muy altos.

—¿ Sabes su nombre propio ?

—Eso sí que no. ¡Cualquiera sabe el nombre propio de una de éstas!

—Pero donde vive sí que lo sabrás.

—Sí, señor. Y vive al otro lado.

—¿Cómo al otro lado?

—Sí: para despistarnos ha hecho a su coche tomar la dirección contraria.

—¡Ah, sí!

—Si nosotros tomásemos un atajo llegábamos antes que ella.

—¿A su casa?

—¡Mismamente!

—¡Vamos a escape, hombre!

El cochero castigó duramente al caballo que partió a galope y en pocos minutos el *Frescuras* estaba en el hospedaje de la mujer desconocida.

—¿Ha venido ya la *Tacones*? — preguntó.

—No, señor; pero no debe tardar.

—Pues, la espero.

Al poco rato llegó, como Paco suponía, la mujer aquella.

—Este señor te espera.

Ella no contestó. Paco la miraba obstinadamente queriendo reconocerla; pero

el velo con que se cubría era tan tupido que nada pudo descubrir del rostro de ella.

—La he seguido a usted desde el merendero ; pero, como soy un vivo, he llegado aquí antes que usted. Aquí estamos, y no hay escape. Yo la he visto a usted antes, no sé dónde, y me ha dao la ventolera de no acostarme hoy sin saber quién es usted. Conque, misteriosa amiga, alce el telón.

—No quiero.

—¿ Que no ? Usted no me conoce. Yo soy capaz de no moverme de aquí en un semestre.

—Hace mal en insistir.

—¿ Por qué ?

—¿ Y si el verme la cara le produce un disgusto ?

—¿ A mí ? A mí no hay nada que me afecte, paloma.

—Es que no se puede figurar quién soy.

—Déjese la dama de garmbainas y corra el estor, que quiero ver claro.

—Puesto que te empeñas, Paco, vas a verme.

—¡Hola! ¡Me tuteas?... ¡Y esa voz!

No le dió tiempo ella a decir más: se descubrió el rostro.

Paco quedó como quien ve visiones.

—¡Higinia!

—¡No esperabas esto?

—¡Cómo lo iba a esperar?

—Pues aquí me tienes.

—¡Para esto me despreciaste? ¡Ah, mala mujer!

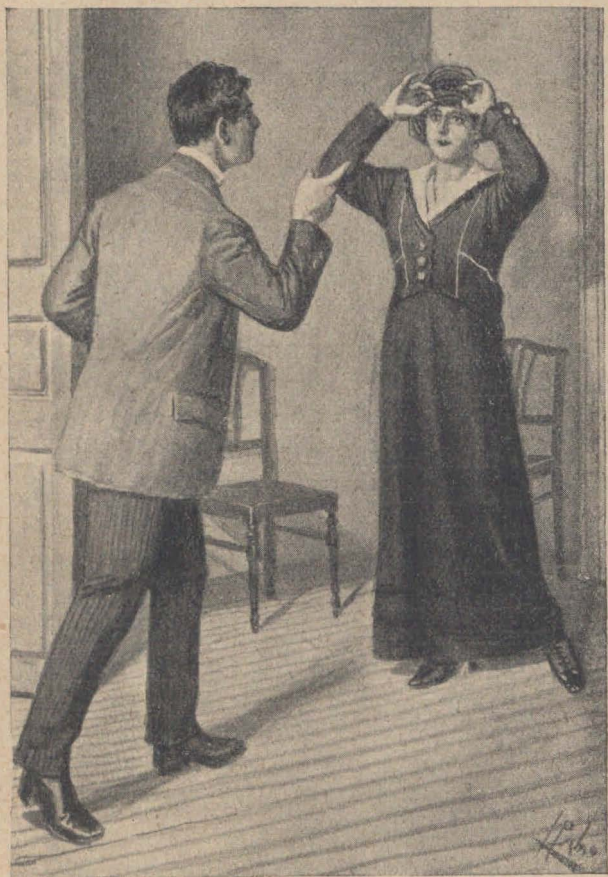
Pero Paco el *Frescuras* era, en el fondo, un buen corazón. Al ver a Higinia en aquel estado el rencor cedió en seguida ante la compasión.

—Mira, Higinia; de *aquello* no podemos hablar. Tú me dejaste y yo ahora no te puedo recoger. Pero todavía soy rico, porque me queda casi todo el dinero que me correspondió en aquel premio gordo. Si me prometes cambiar de vida, te protegeré. Vamos a ver: ¡a ti te gustaría poner, por ejemplo, una tiendecita de ropa blanca?

—¡Trabajar?

—Es claro.

—¡No!



—¡Para esto me despreciaste? ¡Ah, mala mujer! (Página 52.)

—¿Tan holgazana te has vuelto? ¿No te da vergüenza decírmelo?

—Tienes razón, Paco.

—Pues, nada: pondrás una tiendecita de ropa blanca. Yo te anticipo el dinero que haga falta.

—¿Qué bueno eres!

—Siquiera en recuerdo de que me quise casar contigo.

—¿No me lo recuerdes! Fui una coqueta infame.

—Aquello pasó. Ahora vamos a remediar el mal presente. ¿Quedamos en que dejarás esta mala vida y pondrás una modesta tienda?

—Como tú digas.

—Pues, hecho. Toma. Con estas cuatro mil pesetas tienes bastante para instalar tu pequeño comercio. Si te portas bien, te daré algo más para que lo aumentes.

IX

Cualquiera pensará que Higinia, después de este encuentro, se arrepentiría de sus veleidades y pecados y se acogería a vivir honrada y modestamente del modo que Paco la propuso.

Nada de eso, por desgracia. Cuando una mujer ha tomado el mal camino, difícilmente cambia de manera de obrar.

Higinia, en el primer momento, pensó que Paco tenía razón, que ella debía abandonar su vida de disipación y de crimen y recogerse a trabajar. Esto lo pensó en el primer momento y con tales propósitos aceptó el dinero que la regalaba su antiguo pretendiente.

Pero después empezó a pensar en el sacrificio que se imponía.

Era preciso estar todo el día detrás del mostrador; tendría que defender su pequeño negocio; tendría que ganar insignificantes cantidades para poder cada día

atender a su subsistencia. No podría comer sino un cocidito... ; no podría callejear ; no podría divertirse en sus acostumbradas zambras y bacanales ; no podría embriagarse, ni bailotear...

Se conceptuó incapaz de tan gran esfuerzo.

Y el dinero que le dió Paco, en vez de emplearlo en montar, como él la dijo, una pequeña tienda, se lo gastó todo en perifollos y ¡eso sobre todo! en comprarse otra vez muchos pares de zapatos con tacones altos y relucientes.

Higinia no tenía ya posible salvación.

Paco volvió a buscarla y al saber que había despilfarrado aquel dinero, la volvió la espalda.

—¿No has querido redimirte? ¡Pues allá tú!...

Después de esto, yendo Paco una tarde por la calle de Alcalá, se encontró con Carlos Moragas.

—Buenas, don Carlos.

—Caramba, *Frescuras*. Tanto gusto en verle. ¿Dónde se va?

—Dando un paseo.

—Lo daremos juntos. ¿Y qué se hace usted?

—Voy gastandillo las pesetas que me cayeron a la lotería.

—¿Y cuándo se acaben?

—Cuando se acaben... pues no sé.

—Eso no está bien, Paco. Hay que pensar en el día de mañana.

—Mire usted, don Carlos; uno no tiene ilusiones, uno no tiene familia...

La voz del *Frescuras* era triste.

—No tiene uno en quien pensar; está uno solo en el mundo... ¡Ay, don Carlos! A usted y a mí nos secó la alegría la misma mujer...

Carlos palideció.

—Sí, amigo: eso es verdad. Ella nos hizo mucho daño. Yo creí que me quería.

—También lo creí yo antes, cuando todavía no me había dejado por usted.

—¡A los dos nos engañó!

—Otro la engañó a ella.

—Así es la vida.

—¡Desengañada vida, amigo don Carlos! ¿De qué le sirve a uno haber tenido aquel golpe de fortuna? Si no hay alegría,

si no hay felicidad, ¿de qué sirve el dinero?

—De nada, Paco; tiene usted mucha razón.

—Y usted, ¿qué se hace?

—Trabajo, gano bastante y hago bastantes obras de caridad.

—¡Eso es ser todo un hombre!

—Practicando el bien me consuelo.

—¡Es la fija! Yo también hago mis buenas obras...

Carlos, por fin, se atrevió a formular una pregunta.

—Y, dígame, Paco; de ella, de... Higini, ¿no ha vuelto usted a tener noticias?

—¿Para qué quiere usted saber de ella?

—Paco, ¡yo la quise mucho!

—¿Y qué? Yo también la quise.

—¡Yo no la puedo olvidar!

—¡Ni yo tampoco! Pero, querido don Carlos, es preciso no pensar, no acordarse de ella...

—¿Usted sabe algo?

—¡Ojalá no supiera!

—¡Cuénteme!



—¡Silencio! No me nombres, ¡que no manchen mi nombre tus labios! (Pág. 61.)

—¡ No ! ¿ Qué adelantaré con hacerle sufrir ?

—No le duela mi dolor. Le ruego que me diga cuanto sepa de esa mujer a quien cualquiera de nosotros dos hubiésemos hecho hondamente feliz...

—Pues sepa usted, don Carlos...

El *Frescuras* le contó a Carlos todo cuanto sabía de la vida de Higinia. Y terminó diciendo :

—Ahí tiene usted, don Carlos, cómo esa mujer va a la más horrenda perdición después de habernos destrozado a usted y a mí el alma...

Y aquellos dos hombres lloraban como dos niños.

X

Al separarse de Paco el *Frescuras*, Carlos no pudo resistir el deseo de ver a Higinia, estuviese donde estuviese y aunque fuera por una sola y última vez.

Fué, pues, adonde ella vivía y la en-

contró muy peripuesta con un vestido todo de encajes.

Al verlo entrar, Higinia iba a proferir un grito de sorpresa ; pero Carlos la contrató.

—¡Silencio ! No me nombres, ¡ que no manchen mi nombre tus labios !

—¡ Vienes a insultarme ? Podías no haber venido.

—Al verte, mujer, todos los sufrimientos que me consumen quieren encender en ira mi corazón. Mas no temas. Ya estoy sereno. Entendámonos, si puede ser, en paz.

—¿ Qué quieres de mí ?

—Salvarte, si aún es posible.

—Para mí no hay remedio.

—Todo lo tiene con un poco de buena voluntad.

—¿ Quieres, como Paco, meterme a vender agujas y puntillas ?

—Muy bien pensado estaba lo que Paco te propuso y ese rasgo le honra. Pero yo te conozco mejor que él para que me fíe de que te redimas por ti misma. Escúchame, Higinia : ¿ Tú eres cristiana ?

—¡ Oh, eso sí !

—¿ Eres católica ? Crees en nuestro Señor ?

—¡ Creo, creo !

—¿ Rezas alguna vez ?

—Sí ; en medio de mis locuras, no he olvidado las oraciones que me enseñó mi madre y todos los días rezo.

—¿ Rezas ? ¡ Gracias, Dios mío ! ¡ Todavía hay esperanzas ! Y dime, Higinia, ¿ no has pensado en que tu alma se va a condenar ? ¿ No has pensado, desdichada, en que irás al infierno ?

—¡ Oh, oh !

—¡ Al infierno ! ¡ Al eterno sufrir, al fuego eterno, Higinia !

—No me atormentes.

—¡ Horribles tormentos te esperan allá ! Por tu conducta imperdonable ¡ estás maldita de Dios !...

—¡ Ay de mí ! ¡ Nadie me había dicho eso ! ¡ Ay de mí !

—¿ Quieres salvarte ?

—¡ Quiero !...

—Pues obedéceme. Es preciso que entres en un convento ; que hagas mucha,



...Yo obré de ese modo y sigo al Señor. (Pág. 68.)

mucha penitencia; que confieses todas tus abominables, tus horrendas culpas; que te arrepientas; que hagas largos ejercicios espirituales y si después de todo eso eres ya digna...

—¿Qué, Carlos?

—No sé, no sé, Higinia. Te quise tanto que si después de dos años de purificación, tu confesor me dijese que ya eres limpia de corazón...

—¿Qué?

—¡Te daría mi nombre honrado!

—¡Oh!... Haz lo que quieras. ¡Mándame! Te obedeceré ciegamente.

—Obras, Higinia; obras y no palabras necesito.

—Ya verás cómo es firme mi enmienda.

—¡Dios haga que lo sea!



Las llamas habían devorado la escalera de tablas.
(Pág. 75.)

PREMIO.—5

XI

Inmediatamente Carlos se dirigió a un convento que él conocía, especialmente dedicado a regenerar y redimir cierta clase de ovejas descarriadas.

Lo recibió una monjita vestida de blanco. La inmaculada nitidez de aquellos hábitos y la dulce serenidad de la mirada de la monjita producían una sensación de paz, de inocencia...

Se respiraba en el convento el aroma inefable de la virtud.

Viendo aquellas santas mujeres libres de toda zozobra, en la altísima y angelical calma de los espíritus consagrados exclusivamente al amor de Dios, Carlos comparaba este proceder con el desatinado proceder de Higinia y pensaba :

—¡Dios mío! ¿Por qué no llamas con tu voz divina el corazón de esa mujer a quien tanto quise?

La monjita de los hábitos blancos dijo :

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida — respondió Carlos.

—Pase usted, caballero. ¿Qué desea?

—Soy... protector de una joven que ha tomado el camino de la perdición y quisiera traerla a este convento para intentar la salvación de esa alma.

—¿Quiere ella salvarse?

—Creo que sí, quiere.

—Debo advertir a usted que serán necesarias muy fuertes penitencias, pruebas muy duras.

—Así tiene que ser, hermana.

—¿Es parienta de usted la desgraciada joven?

—No, señora.

—Entonces, ¿qué títulos, qué derechos tiene usted sobre ella para traérmola aquí?

—Hermana : esa joven era mi prometida en tiempos en que los dos vivíamos de nuestro trabajo. Un golpe de fortuna inesperado nos hizo ricos a los dos. Ella, vanidosa y concupiscente, se dejó arrebatar por el demonio del lujo, de la molicie, del placer... Pronto me despreció... Después

corrió por el mundo las más vituperables y escandalosas aventuras y últimamente...

—¡Comprendo, comprendo! ¡Dios se apiade de ella!

—Así lo espero.

—¿Y cómo se llama esa enferma del alma?

—Se llama Higinia.

—¿Higinia?

—Sí, Higinia.

—¿Higinia, la hija de Crispín Tachuelas?

—Esa es, hermana. ¿La conoce usted acaso?

—¡La conozco, ya lo creo! Era vecina de mi barrio. Yo también llevaba un décimo en aquel número 24.132 que nos hizo a todos ricos.

—¿Usted? ¿Quién es usted?

—Hoy soy, nada más, sor María de la Concepción. En el siglo fui Elisa Turégano.

—¿La hija del general?

—Esa misma.

—¡Oh, no la había reconocido!

—Tan preocupado está usted que ni me había mirado a la cara.

—Cierto : por mi preocupación y por el debido respeto no la había mirado a la cara.

En ese caso, usted es un tal Carlos Moragas que decían que era el novio de Higinia.

—Sí, señora.

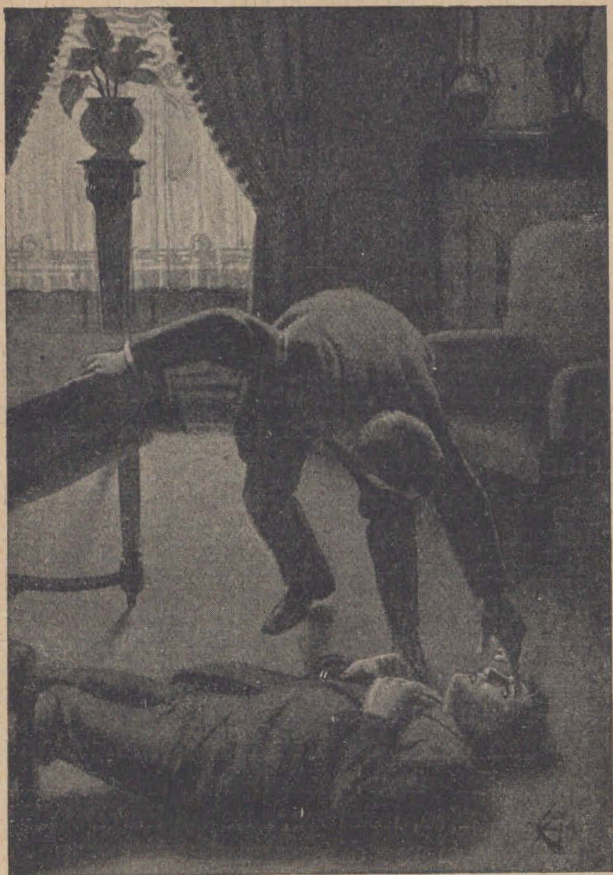
—Ahora comprendo su interés por ella.

—Y usted, Elisa, digo sor María, ¿ cómo fué el venir a un convento ?

—Seguí el consejo del Evangelio. Cuando murió mi buen padre hice lo que está escrito : « Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes, repártelo entre los pobres y sígueme ». Yo obré de ese modo y sigo al Señor.

—¡ Oh bienaventurada !

—Humilde sierva de El, nada más. Bueno : tráigame a Higinia y haré todo lo posible por salvarla.



Carlos yacía en el suelo, crispado... (Pág. 72.)

XII

Muy contento y esperanzado volvió Carlos en busca de Higinia. La circunstancia de ser Elisa quien se había de encargar de convencerla para que volviese al buen camino, era de los mejores auspicios, pues Elisa se tomaría por la desgraciada todo interés.

Pero ¡ay, pobre Carlos!... cuando en el hospedaje maldito preguntó por Higinia, le respondieron secamente :

—¡ No está !

—¿ Cómo que no está, si quedó esperándome ?

—Pues, no está.

—Son ustedes quienes no quieren que la vea. ¡ Higinia ! ¡ Higinia !

—No grite, hombre, que no ha de salir.

—Pero si me dió palabra...

—Palabra, palabra... ¡ Vamos, no sea tonto !...

EL PREMIO GORDO

—¡ No quiere venir !

—Mire, buen hombre : ella, al principio, pensó que sí ; que debía ir adonde usted la quiere llevar ; pero habló con unas... amigas suyas y... se lo quitaron de la cabeza.

—¡ Es horrible !

—¡ Velay !

—¡ Las malas compañías !

—¡ Phs !...

—¡ Esto es intolerable !

—¡ No grite el hombre ! ¡ Pues vaya con el genio !

Carlos gritaba :

—¡ Higinia, Higinia !...

Tanto gritó, que al fin salió la propia Higinia.

—¿ Es verdad lo que he oído ? ¿ que te arrepientes de venir a salvarte ?

—Es verdad. A mí no me encierras tú, ni otro más guapo que tú.

—¡ Ah, desventurada !

—No podría soportar otra vida que ésta.

—¿ Te agrada revolcarte en el fango ?

—No te pongas cursi. ¡Se acabó! ¡No voy!

—¿Es tu última palabra?

—Es.

Carlos salió de aquella casa enloquecido de dolor. Llevaba el alma destrozada. Parecía irle a reventar el corazón.

Fué a su casa y se dejó caer en un sillón.

Atronaba en su cerebro la tormenta de un tremendo padecer.

Empezó a ver que giraban en torno las cosas, los muebles. Creyó que se desplo-
maban las paredes.

Sentía como si le clavasen muchos pu-
ñales en el corazón.

De pronto creyó que su cabeza esta-
llaba...

Y no vió nada más.

.....

Un criado, al ver que pasaban horas y horas y no llamaba su señor, entró.

Carlos yacía en el suelo, crispado...

¡Muerto!



Y un golfillo del arroyo rezó ante su cadáver la única y sencilla oración. (Pág. 76.)

XIII

¿Y qué fué de Higinia?—nos preguntará el curioso lector.

Es fácil adivinarlo.

En la pendiente fué descendiendo, descendiendo...

¡Oh, la terrible pendiente!

En breve dejó de usar trajes lujosos y llamativos.

Cada vez era más pobre su atavío.

Por fin, se la vió desgredada y sucia.

Mas, eso sí: la *Tacones* no dejó nunca de justificar su apodo.

Aunque no tuviese para comer, no le faltó dinero para comprar zapatos con altos tacones relucientes.

Así, mal vestida y bien calzada, la sorprendió la catástrofe final.

Fué un incendio.

La sórdida casa de vecindad, de mala vecindad, adonde Higinia fué en el último extremo de su miseria, era pasto de las llamas.

Higinia trató de salir de su habitación.
¡No era posible!

Las llamas habían devorado la escalera de tablas.

Subían enormes lenguas rojas y turbonadas de humo.

Higinia, en aquellos breves momentos de suprema angustia, pensó en su pasado.

Pudo ser buena y no lo fué.

No oyó la voz de la conciencia.

Ni la voz de la amistad.

Ni la voz del amor.

Ni la voz de la religión.

¡Estaba condenada! El fuego no le daba tiempo ni a pedir confesión.

Las llamas empezaron a quemar los tabiques de su mísero albergue.

Se agrietaban dando espantosos cruji-
dos.

El techo se desplomaba.

Un último grito de terror, y al querer

respirar, una bocanada de fuego que entró, abrasó su garganta.

.....

Cuando los heroicos bomberos llegaron a prestarla auxilio, ya era tarde.

En el suelo de la calle la depositaron.

Y un golfillo del arroyo rezó ante su cadáver la única y sencilla oración.

—¡ Señor, apiádate de ella !

FIN



BIBLIOTECA SELECTA

Los volúmenes de esta biblioteca, magníficamente ilustrados con numerosas ilustraciones en negro y cuatro cromotipias, pueden distribuirse como premios en los colegios de niños, tanto por su baturra, por el lujo de la impresión, belleza de los grabados en negro y en colores y la bonita encuadernación, como por lo sano e instructivo de su lectura.

VOLÚMENES PUBLICADOS

- | | |
|--|---|
| 1. El molino de los Pájaros. | 24. Un drama en los aires. |
| 2. Corazones dormidos. | 25. Por mentir. |
| 3. Flores de juventud. | 26. Rosina. |
| 4. La vanidosa Alicia. | 27. Paquito el explorador. |
| 5. El espadachín. | 28. Desconocida aventura de
Teresa Panza. |
| 6. El heredero. | 29. El Angel. |
| 7. La fuerza del bien. | 30. Ib y Cristina. |
| 8. El sueño de Pepito. | 31. El último sueño del ro-
ble. |
| 9. Juegos y hazañas de ani-
males. | 32. El cofre volador. |
| 10. Cuentos de Andersen
(tomo 1.º). | 33. El tío «cierra el ojo». |
| 11. Cuentos de Andersen
(tomo 2.º). | 34. La virtud del borrico. |
| 12. La cabaña del tío Tom. | 35. Fábulas de Iriarte. |
| 13. Robinsón. | 36. En otros tiempos. |
| 14. El teatro de los animales. | 37. La campana. |
| 15. Verdades y fantasías. | 38. Los forzadores del blo-
queo. |
| 16. Mimos de niña. | 39. Una ciudad flotante (pri-
mera parte). |
| 17. El instinto de los ani-
males. | 40. Una ciudad flotante
(segunda parte). |
| 18. El amor y la guerra. | 41. Miguel Strogoff (1.ª parte). |
| 19. El premio gordo. | 42. Miguel Strogoff (2.ª parte). |
| 20. Un ministerio de anima-
les. | 43. Las Indias negras (1.ª parte). |
| 21. La pícara vanidad. | 44. Las Indias negras (2.ª parte). |
| 22. Un Charlot del mundo
animal. | 45. El rigor de las desdichas. |
| 23. Un experimento del doc-
tor Ox. | 46. Los huevos de Pascua. |
| | 47. La guirnalda de flores. |
| | 48. La paloma. |